

sertar en el *Moniteur* del 4 de diciembre este suelto que tenía por objeto tranquilizar la opinión: «Una polémica sostenida con sensible persistencia por varios periódicos de París parece haber causado una zozobra que en modo alguno está justificada por nuestras relaciones con las potencias extranjeras. El gobierno del emperador cree de su deber precaver á la opinión pública contra los efectos de una discusión que podría alterar nuestras buenas relaciones con una potencia amiga de la Francia.»

Al otro día, 5 de diciembre, la corte salía del palacio de Compiègne, y SS. MM. se reinstalaban con su hijo en el de las Tullerías. Ningún incidente marcó el fin de aquel año. Seguían los recelos, pero vagos todavía: no se precisaron hasta el 1.º de enero de 1859, cuando Napoleón III, recibiendo al cuerpo diplomático, dirigió al barón de Hubner, embajador de Austria, una frase que fué la señal de la guerra de Italia.

FRANCIA É ITALIA

XXIX

EL PRINCIPIO DE 1859

En la mañana del 1.º de enero de 1859, el año que comenzaba prometía ser, aparentemente, pacífico y tranquilo: en París, la estación de invierno se anunciaba brillante, preparándose muchas reuniones y bailes, y el comercio y la industria prosperaban. Nadie sospechaba que pudiera ocurrir un incidente cualquiera en las Tullerías con motivo de la recepción diplomática del día de Año nuevo. Por eso los representantes de las potencias se extrañaron mucho cuando oyeron á Napoleón III decir al barón de Hubner, embajador de Austria: «Siento mucho que nuestras relaciones con vuestro gobierno no sean ya tan cordiales como antes; pero os ruego digáis al emperador que mis sentimientos personales no han cambiado en nada.»

Esta sencilla frase, aunque pronunciada con tono tranquilo y cortés, resonó como un trueno en un cielo sereno.

Las transacciones se aflojaron, la bolsa bajó, y en el mundo de los negocios hubo verdadera inquietud; pero la emoción no tardó en desvanecerse. El 2 de enero, en la recepción de la emperatriz, la soberana y su esposo manifestaron al barón de Hubner consideraciones particulares, como para borrar la penosa impresión de la víspera; y en sus conversaciones con los representantes de las potencias, el conde Walewski, ministro de Negocios extranjeros, se esforzó en reducir las palabras imperiales á las proporciones de un incidente que no tenía nada de belicoso. El optimismo estuvo de moda en las esferas oficiales, y no se efectuó ningún cambio en la vida de los salones. Los teatros continuaron teniendo buenas entradas; los bailes no fueron menos numerosos que en los inviernos anteriores y los diarios oficiosos se guardaban bien de atemorizar sin motivo los ánimos, tocando prematuramente la campana de alarma. Las inquietudes acabaron de disiparse cuando se leyó en el *Moniteur* del 7 de enero: «Desde hace algunos días la opinión pública está agitada por rumores alarmantes, y es deber del gobierno poner término á ellos, declarando que nada en nuestras relaciones diplomáticas justifica los temores que esas noticias tienden á producir.»

Veamos ahora cómo se consideraban las cosas en Austria. El marqués de Bonneville, encargado de Negocios de Francia en Viena, dirigía el 8 de enero un telegrama cifrado al conde Walewski en los términos siguientes: «La emoción general que desde hace algunos días parece haberse apoderado del mundo político en Europa, debía sentirse en Viena más vivamente que en ninguna otra parte, puesto que los incidentes que la motivan, con razón ó sin ella, se refieren los más á las relaciones internacionales de Austria. Se ha producido una especie de pánico que la declaración de el *Moniteur* ha desvanecido hoy en gran parte. Por lo demás, sé que el barón de Hubner, al dar cuenta de las palabras que el emperador le dirigió, las atribuía una significación muy diferente de la que la opinión pública les prestó un momento, y añadía que el tono y el acento con que fueron pronunciadas las hacían más conciliadoras y amistosas aún.»

En Turín, el príncipe de La Tour d'Auvergne, ministro de Francia, había comprendido desde luego la gravedad de la situación y escribió en 3 de enero al conde Walewski: «La inquietud está en todos los ánimos, y la opinión pública espera más que nunca grandes acontecimientos muy próximos. La presencia del célebre general Garibaldi en Turín ha dado lugar á numerosos comentarios, y sé que la semana última tuvo una larga conferencia con el conde de Cavour. Parece que ha contraído con el presidente del Consejo, en presencia del general La Marmora, el compromiso formal de ponerse á disposición del gobierno sardo en caso de guerra, renunciando á toda alianza con el partido maziniano, y entendiéndose en un todo con M. de Cavour, según se asegura, en cuanto á la solución que convendría dar, si llegase el caso, á la cuestión de Italia. No se necesitaba más para autorizar toda especie de suposiciones, y tal vez hubiera sido más hábil por parte del conde de Cavour, si tan necesario le era ponerse en relación con Garibaldi, conservar para esta entrevista un carácter del todo secreto.» El 10 de enero Víctor Manuel abrió la legislatura del Parlamento sardo, y las siguientes palabras del discurso real produjeron mucha impresión. «Fortalecidos por la experiencia del pasado, vamos resueltamente al encuentro de las eventualidades del porvenir. Este último debe ser feliz, porque nuestra política está basada en el amor á la libertad y á la patria. Nuestro país, cuyo territorio es pequeño, ha merecido consideración en los consejos de Europa porque es grande por las ideas que representa y por las simpatías que inspira. Esta situación, sin embargo, no está exenta de peligros, pues aun respetando los tratados, no somos insensibles á los gritos de dolor que se elevan de todos los puntos de Italia. Fuertes por la concordia, confiados en nuestro buen derecho, esperamos con prudencia y resolución los decretos de la divina Providencia.»

En un telegrama del mismo día, el príncipe de La Tour d'Auvergne daba cuenta de la sesión en estos términos: «La última parte del discurso en que S. M. alude á las eventualidades del porvenir ha sido acogida con calurosos aplausos, en los que han tomado parte las mismas tribunas. La impresión pro-

ducida en el cuerpo diplomático por las palabras del rey me ha parecido, por otro lado, más favorable que otra cosa. Se ha oído con satisfacción á S. M., atendidas las circunstancias actuales, hablar de su respeto á los tratados; y mis colegas de Rusia y de Prusia, que se hallaban junto á mí, hacían justicia á la moderación de este lenguaje. El rey, así al entrar en la Cámara como al salir, fué acogido con mucho entusiasmo.»

Al día siguiente, 11 de enero, el ministro de Francia escribía en un nuevo telegrama: «La opinión de los individuos del cuerpo diplomático respecto al discurso de la corona dista mucho de ser unánime. Si ha sido juzgado con benevolencia por algunos de mis colegas, los más se muestran bastante impresionados por la frase en que S. M. confiesa que no es insensible á los gritos de dolor que llegan hasta él de todos los puntos de Italia. La misma opinión pública, debo decirlo, parece considerar el discurso del trono más bien como belicoso que otra cosa.»

En Viena también las ideas belicosas se acentuaban, y el marqués de Bonneville no se engañaba al expresarse así en un telegrama del 14 de enero: «Tengo buenos motivos para creer que el gobierno austriaco se ha familiarizado lo bastante hace algún tiempo con la idea de sostener una guerra, para haber llegado á encontrar en esta suprema necesidad sus compensaciones relativas en el caso de que estallase. Las probabilidades de que se declare son seguramente para él muy inciertas, y no se le oculta que sus provincias italianas serían el objeto de ella; pero se cree militarmente en estado de arrostrar dichas probabilidades, sin temerarias esperanzas, pero también sin demasiadas inquietudes graves y sin desaliento. Está sostenido por la confianza de que si se le hiciese la guerra con el único fin de arrancarle la Lombardía y Venecia, esto le proporcionaría inevitablemente alianzas en un tiempo dado. Por último, entre la repetición posible de los hechos revolucionarios que en 1848 amenazaron en todas sus provincias con la disolución de la monarquía austriaca y una guerra exterior, no vacilaría en elegir este último extremo. El primero de estos peligros se antepone á sus demás preocupaciones, y arrostraría el segundo para alejar el otro.»

Así las cosas, se recibió una noticia que fué considerada como síntoma de una guerra próxima en la que Francia sería aliada del Piamonte: los desposorios del príncipe Napoleón y de la princesa Clotilde, hija del rey Víctor Manuel.

*
* *

El *Moniteur* del 14 de enero anunció que el príncipe Napoleón había marchado la víspera á Turín y que su ausencia duraría poco. En Europa era conocido ya el objeto de este viaje. El mismo día, el marqués de Bonneville, encargado de Negocios de Francia en Viena, escribía al conde Walewski: «El conde Buol (ministro de Negocios extranjeros de Austria) me ha dirigido muy atentamente y sin presión alguna sus felicitaciones respecto al enlace de S. A. I. el príncipe

Napoleón con la princesa Clotilde de Saboya. Me ha hablado de los vínculos de familia que esta unión establecía entre las casas imperiales de Francia y de Austria. Deseo sinceramente, añadió sonriendo, que esta alianza os sea más provechosa que lo fueron para nosotros las muy numerosas que contrajimos con la casa de Saboya.»

Los desposorios se anunciaron oficialmente en el *Moniteur* del 24 de enero. El diario oficial se expresaba así: «Las relaciones íntimas que existen desde hace largo tiempo entre el emperador y el rey Víctor Manuel, y los intereses recíprocos de Francia y de Cerdeña, habían inducido á los dos soberanos á estrechar por una alianza de familia los lazos que les unían. Desde hace más de un año se habían celebrado conferencias con este objeto; pero la edad de la joven princesa hizo diferir hasta ahora la fijación de la época del casamiento.» Después de esta comunicación, y para evitar que el público la considerase como un síntoma de guerra, el *Moniteur* escribía: «El diario la *Unión* no ha temido reproducir las siguientes líneas de la *Independencia belga*: «Se afirma que el rey Víctor Manuel no ha consentido en el matrimonio de la princesa Clotilde sino mediante la condición de que se firmase un tratado ofensivo y defensivo entre Francia y Cerdeña; y se añade que este tratado se firmó anteayer por las dos potencias.» Sentimos tener que desmentir en la prensa francesa semejante aserto, no menos falso que injurioso para la dignidad de los soberanos. El emperador debe desear que sus alianzas de familia estén de acuerdo con la política tradicional de Francia; pero nunca hará depender los grandes intereses del país de una alianza de familia.»

El príncipe Napoleón desembarcó en Génova en la mañana del 16 de enero, siendo recibido por el conde de Nigra, ministro de la casa del rey; por el general Cialdini, ayudante de campo de S. M., y por el príncipe de La Tour d'Auvergne, ministro de Francia. El mismo día marchó á Turín, adonde llegó á las tres. Al día siguiente, el ministro de Francia escribía al conde Walewski: «El príncipe ha obtenido en el camino de Génova á Turín, y particularmente en Alejandría, la más lisonjera y entusiasta acogida; pero nada podría dar idea del inmenso concurso de población, y de los ardientes testimonios de simpatía que esperaban á S. A. I. en Turín. Todas las calles, desde el camino de hierro hasta el palacio, estaban ocupadas por una multitud ávida de contemplar al primo del emperador, y que se descubría respetuosamente á su paso, oyéndose numerosos gritos de ¡Viva Napoleón! El rey ha recibido á su augustó huésped de la manera más cordial. Después de la comida, á la cual solamente estaban invitados los ministros del rey, los altos funcionarios de palacio y el personal de la legación, el soberano ha ido, acompañado de S. A. I. y del príncipe de Carignán, al teatro Reggío, brillantemente iluminado con este motivo. La sala estaba llena de bote en bote, y S. M. así como S. A. I. han sido saludados con ruidosos aplausos.»

En la noche del 17 de enero, después de una comida de familia que se dió en palacio, el príncipe Napoleón asistió á la recepción del conde de Cavour,

donde había mucha gente, manifestando todos al primo del emperador la mayor simpatía.

El 18 de enero, nuevo telegrama del príncipe de La Tour d'Auvergne al conde Walewski: «La llegada á Turín del príncipe Napoleón ha producido una sensación general y profunda. El sentimiento que en mi concepto domina es el



Victor Manuel II, rey de Italia

de una entera confianza en las simpatías del emperador respecto al Piamonte y en el apoyo á su gobierno para salir airoso de una situación cuyos peligros no se ocultan á nadie, y que comenzaban á inquietar muy de veras aun á los mismos partidarios más ardientes de la política de M. de Cavour. El proyecto de enlace entre S. A. I. el príncipe Napoleón y S. A. R. la princesa Clotilde, conocido de todos hoy y acogido muy favorablemente por la opinión pública, fuera de algunas excepciones, mucho más numerosas sin embargo de lo

que se pensó en un principio, viene á confirmar estas esperanzas. Se desearía, y esta es, señor conde, la aspiración de todos los hombres juiciosos, que tales motivos de confianza influyeran en el sentido de la calma y de la paciencia respecto á la actitud y los proyectos del gabinete de Turín.... En el fondo, en este momento predomina en los representantes de los gobiernos extranjeros, residentes en Turín, como un sentimiento de incertidumbre, y hasta diré de inquietud respecto al porvenir, y también por lo que hace á nuestras intenciones, sentimiento que creo de mi deber indicar á V. E. y que tal vez convendría tener en cuenta hasta cierto punto.»

22 enero. — Otro pliego del príncipe de La Tour d'Auvergne dice así: «Se han establecido las relaciones más cordiales entre el rey y S. A. I. La joven princesa se muestra igualmente satisfecha de la suerte que se le ha reservado; y los partidarios de la independencia italiana saludan esa unión con alegría, considerándola como prenda segura del apoyo que el emperador otorgará á su causa en un porvenir próximo. En las clases elevadas las impresiones son diferentes y menos favorables. Es muy vivo el temor, hábilmente mantenido por algunos, de que la guerra que el Piamonte, abandonado á sí propio, no se atrevería á sostener contra Austria, puede ser el resultado, previsto de antemano, de los nuevos vínculos que van á unir á las casas de Francia y de Saboya... La Cámara no rehusará seguramente los medios necesarios para poner al país al abrigo de un ataque de Austria; pero la opinión pública teme evidentemente, en este momento más que nunca, las empresas imprudentes y las locuras, y el conde de Cavour obrará juiciosamente si aprovecha las circunstancias para tranquilizar la opinión pública tanto como de él dependa.»

23 enero. — El general Niel pide al rey oficialmente la mano de la princesa Clotilde para el príncipe Napoleón, y el soberano accede á la demanda de la manera más cordial. Durante el día, habiendo ido á palacio las comisiones del Senado y de la Cámara de los diputados, para llevar al rey la contestación al discurso de la corona, S. M. les anuncia el casamiento de su hija.

Por la noche se da en la corte un banquete, seguido de una función de gala en el teatro Real, donde los desposados son aclamados.

24 enero. — El príncipe Napoleón come en la embajada de Francia y asiste después á un magnífico baile de corte. La princesa Clotilde, que baila varias veces con él, es objeto de la atención general, y todos observan la soltura y la gracia de que la joven princesa da pruebas toda la noche, pareciendo que aprecia ya mucho á su futuro esposo. El príncipe acaba de hacer una cosa que la ha conmovido mucho: ha ido á ver al príncipe Otón, tercer hijo del rey, en el castillo de Moncalieri, donde S. A. R. reside. El joven príncipe, á quien un achaque de la infancia mantiene alejado forzosamente de la corte, ha manifestado mucho agradecimiento por esta visita, pues pocos momentos antes había dicho con tristeza: «Tal vez no conoceré jamás á mi cuñado.»

25 enero. — El ministro de Francia firma, de concierto con el conde Nigra,

ministro de la casa del rey, el contrato de matrimonio. Según el artículo III, el rey, con arreglo á las leyes del país, asegura á la princesa un dote de quinientos mil francos; y el artículo IV dice que el rey regala á la princesa una suma de cien mil, especialmente destinada para su canastilla, independientemente de las sortijas y de las joyas, cuyo valor aproximado será de doscientos cuarenta y cinco mil francos.

29 enero. — El contrato matrimonial se firma en palacio, en presencia de los ministros y de toda la corte, desempeñando las funciones de notario de la corona el conde de Cavour. Lee el acta de renuncia de la princesa á sus derechos hereditarios, y todas las personas presentes firman el contrato.

Domingo 30 enero. — El casamiento se celebra á las diez de la mañana en la capilla de palacio, ante los obispos de Diella, de Pignerol, de Casal y de Savona; el arzobispo de Vercelli da la bendición nupcial.

A la una y media, los esposos, el rey, el príncipe de Carignán, toda la corte, el ministro de Francia y el personal de su legación marchan á Génova. La guardia nacional y las tropas de guarnición en Turín están sobre las armas, y toda la población espera con ansiedad el paso del real cortejo. Víctor Manuel, que va en una soberbia carroza descubierta, tirada por seis caballos, lleva á su derecha á la princesa Clotilde, y frente á ésta va el príncipe Napoleón, mientras que el príncipe de Carignán se halla frente al rey. El soberano y los esposos están muy conmovidos al ver la emoción de la multitud. Las aclamaciones son universales; las bendiciones, los vivas y los votos por la felicidad de los recién casados se dirigen sin cesar á la princesa, que da las gracias con mucha afabilidad. La estación está adornada con flores, y la ovación no termina hasta después de oírse el agudo silbido de la locomotora.

En toda la línea de la vía férrea, desde Turín hasta Génova, la población de los campos había acudido para saludar con sus aclamaciones al rey, á su hija y á su yerno.

Se llega á Génova, y al dirigirse al palacio, el cortejo real va precedido de los estudiantes, hallándose en la ciudad ochenta y cinco diputados y veinte senadores. Por la noche, el rey y los recién casados asisten á una representación de gala en el teatro Carlo Felice: se le recibe con transportes de alegría, y á cada instante resuenan los gritos de ¡Viva el rey! ¡Viva el príncipe Napoleón! ¡Viva la princesa! ¡Viva Italia!

31 enero. — El rey y SS. AA. II. pasan á bordo de los buques franceses llegados á Génova para escoltar á los esposos hasta Marsella.

1.º febrero. — Los príncipes se embarcan en el *Reina Hortensia*: la princesa lleva consigo su aya, la marquesa de Villamarina del Campo, que debe pasar un mes á su lado. El rey no quiere decir adiós á su hija hasta que el *Reina Hortensia* haya salido del puerto, y vuelve á Génova en una chalupa, revelándose en su rostro varonil su profunda emoción.